

EL MEDITERRÁNEO, PUENTE DE ALIANZA DE VALORES

Francisco Javier Carrillo Montesinos

A la luz de la Historia General de África, editada por la UNESCO, en particular los estudios dedicados al siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, podría extraerse una conclusión global: el colonialismo intentó nublar la historia de los pueblos colonizados y los valores humanistas que habían sido motores de la diversidad de culturas y cimiento evolutivo de las sociedades africanas en formación, tanto en el norte de África como en la totalidad del sur del Mediterráneo. Estos hechos históricos caracterizaron una realidad con procesos similares de conquistas y de reconquistas al norte del Mediterráneo, desde los primeros movimientos pre-nacionales de población primitiva hasta la expansión y confrontación de los grandes imperios y de los reinos de pequeña escala.

Las investigaciones históricas, etnográficas, antropológicas en torno a los descubrimientos arqueológicos han mostrado que el Mediterráneo fue un espacio de tránsito, de trashumancia de poblaciones del sur hacia el norte y del norte hacia el sur, convirtiéndose en una encrucijada de personas portadoras de elementos culturales, de creencias, de cosmovisiones «primitivas», de voluntad de descubrimiento de imaginarias tierras fértiles. A esta primera gran fase siguieron las migraciones guerreras inspiradas, principalmente, por lo económico y por las creencias religiosas como motivaciones federales. Los ejes de ida y vuelta del Mediterráneo llegaron a ser más de guerra de conquista de lo desconocido que de paz. Fue preciso neutralizar o hacer desaparecer «al otro desconocido» para ocupar un terreno igualmente «desconocido». Este mecanismo fue acompañado por cosmovisiones evolutivas, apoyadas en momentos de la historia por tradiciones orales, textos literarios, filosóficos y religiosos. Se trataba, más bien, de conquistas impulsadas por grupos humanos de pequeña escala que se convirtieron, en su devenir,

en sociedades más estructuradas, jerarquizadas, que expresaban una especificidad cultural sin ningún horizonte de universalismo.

El imperio romano fue el que se inclinó hacia lo universal, así como las tres grandes religiones del Libro que abrieron la perspectiva a los grandes espacios culturales en donde Dios era la referencia a lo universal y la persona humana a lo particular en lo universal. Esta cosmovisión deísta condicionó, con ritos y mitos, una nueva forma de sociedad y estuvo en la base del concepto de nación hasta la Ilustración, origen del Estado moderno «occidental», introduciendo el concepto de «derecho del ciudadano», también occidental, en el norte del Mediterráneo. El resto, «el otro», se consideraba desconocido o enemigo que era preciso descubrir, colonizar y conquistar, a veces en nombre de una religión o, más tarde, del internacionalismo marxista convertido en otra «religión». En este proceso, el diálogo no existía. Fue necesario imponer la cosmovisión de una religión o del marxismo y, de esta forma, dominar «al otro» lejano y desconocido. El Mediterráneo fue una red de comunicación de guerra y no de paz.

El reconocimiento de los valores culturales y de la diversidad de los hechos culturales, era esencial para que el Mediterráneo llegase a ser un gran espacio de paz. Este proceso comenzó, en la era moderna, con los descubrimientos y los «encuentros culturales» en el siglo XV y con las grandes aventuras de la navegación, lo que produjo una primera visión de «globalización unilateral» desde el norte mediterráneo.

La influencia de la Ilustración fue decisiva en los hechos que impactaron en la cuenca mediterránea. Las sociedades científicas europeas y, después, los ejércitos expedicionarios y de conquista colonial, surcaron el Mediterráneo para penetrar en África, Arabia y Oriente. En estas partes del mundo, la diversidad de asentamientos humanos que las habitaban tenía sus propias formas de organización social que no



MAPA DEL MEDITERRÁNEO (C. 1745). AUTOR: RICHARD WILLIAM SEALE

se correspondían con los «modelos» ni con las creencias y valores de los expedicionarios europeos. Las conquistas unilaterales acabaron por imponer sus «modelos», creencias y valores, redefiniendo territorios y fronteras. El diálogo civilizacional no tuvo lugar, aunque la «memoria colectiva» se perpetuó en los subterráneos de la historia y, también, en la superficie del tiempo de aquellos asentamientos humanos a pesar de haber sido forzados a revestirse con la forma de nación y de Estado según el Derecho político eurocéntrica.

El proceso de secularización en Europa redefinió el papel del Estado, pero no obligatoriamente el papel de las sociedades. De hecho, el desarrollo de la democracia y de la división de poderes, incluso si parece una paradoja, es por sí mismo una garantía a la libertad de opción de los ciudadanos, dando como resultado el actual debate europeo sobre la «laicidad activa» pública, marco necesario para el diálogo de las culturas, de los valores sociales fundamentales y de los diálogos interreligiosos.

Los intercambios comerciales internacionales y los mecanismos de la globalización no laminar (incluso con las incertidumbres de la guerra de Ucrania), no pueden mantenerse a medio y a largo plazo sin el reconocimiento mutuo de los valores de cada pueblo que confluyan en los universal. Este proceder abrirá un nuevo horizonte de pensamiento para los intercambios de ida y vuelta entre todos los pueblos del

Mediterráneo con el objetivo de fundar una paz duradera en base a las integridades territoriales, con respeto de la libertad y de la dignidad «del otro», y con una cooperación en doble sentido.

Las especificidades de cada pueblo son, o deberían serlo, parte integrante de lo universal. Es preciso desbrozar la historia colonial. Para ello, la escuela es un instrumento primordial de conocimiento mutuo y de paz. Se trata de un proyecto de gran envergadura que sería necesario desarrollar a través de un programa que una a todos los países mediterráneos, con el apoyo de la historia de la filosofía y de la historia de las ciencias. Y también de la historia de los hechos religiosos. Este proyecto habría de ser acompañado por un amplio programa de traducciones. Me parece difícil, sin estos instrumentos, poder enriquecer y completar la Declaración Universal de los Derechos Humanos con nuevos derechos personales, económicos y sociales.

El Mediterráneo llegaría a ser un espacio de paz sostenible, de desarrollo y de fraternidad el día en que pueda adoptarse y asumirse por el conjunto de los países riverenos una Alianza de Valores. Y que cada ciudadano de la cuenca mediterránea llegue a ser no solamente un difusor de cultura sino también un difusor de paz. •

REFERENCIA DE IMAGEN

https://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_la_regi%C3%B3n_mediterr%C3%A1nea#/media/Archivo:1745-Seale_Map_or_Chart_of_the_Mediterranean_Sea_-_Geographicus_-_Mediterranean-seale-t845.jpg